

ENTREVISTA A MARCO ANTONIO CORONEL RAMOS

CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA LATINA

MERCEDES GARCÍA FERRER

Marco Antonio Coronel Ramos es Catedrático de Filología Latina en la *Universitat de València*. Es autor de 5 libros y editor de otros 6. También firma 35 capítulos de libros y más de 50 artículos científicos. A todo ello hay que unir unas 100 ponencias y conferencias pronunciadas en numerosas universidades españolas y extranjeras. Esta prolífica obra se estructura en tres ejes temáticos: el género satírico clásico y su pervivencia hasta el siglo XVIII;



la teoría de las ideas entre los siglos XIV y XVII; y la figura de Juan Luis Vives.

En el primer ámbito destaca su libro *La sátira latina* (Madrid, Síntesis, 2002). En el segundo, el libro *La filología humanística y los textos sagrados* (Valencia, IAM, 2010), galardonado con el *Premio de Humanismo e Ilustración*. En el tercero, amén de numerosos artículos, es de cita obligada su edición del *Diálogo de Doctrina Christiana* (Madrid, BAC-UNED, 2009) en colaboración con F. Calero. Este volumen incluye una amplia y documentada introducción.

A esta obra científica hay que unir su comprometida labor de divulgación del mundo clásico y de defensa del latín y del griego en la Educación Secundaria. En este terreno ha sido promotor de numerosos cursos de formación para profesores y estudiantes. Actualmente es Presidente de la Delegación de Valencia y Castellón de la SEEC, Presidente de la Federación Valenciana de Estudios Clásicos y Vicepresidente de la Sociedad de Estudios Latinos (SELAT).

¿Cómo llegó Vd. a la Filología Clásica?

Como en todas las cosas importantes de la vida, fue el destino el que me trajo a estos predios. Es verdad que, por mi forma de ser, siempre he sido una persona con tendencia al análisis, a la reflexión y a la teorización, pero puedo afirmar que fueron los hados los que eligieron por mí.

Yo no provenía de una saga de catedráticos, ni tampoco disponía del apoyo de una escuela pujante, pero, como digo, *sic erat in fatis*, y una estrella bondadosa decidió llevarme, desde la contemplación de aquel cielo con aroma de salitre de mi Sanlúcar natal, a este rincón valenciano. Aquí he encontrado la dicha de paladear las palabras de nuestro pasado y la alegría de contribuir a hacer tangible la herencia común de occidente en mi doble cometido de investigador y docente.

¿A eso se le puede llamar vocación?

Sin duda, fui llamado por la fortuna a esta *vita philologica* y, al final, no me quedó otro remedio que entonar mi propio *fiat*. Lo hice no sin turbación, sin dolor y sin renunciaciones. Pero la vida es más sabia, como dice mi maestro Jaime Siles, que uno mismo y, a fuerza de tralla –y de leer el *De Providentia* de Séneca– uno aprende que la heroicidad consiste en hacer lo que se debe, cuando y donde se debe. Más allá de la aceptación del devenir de la propia vida sólo está el tumor de la *hybris* que aniquila la creatividad y desnuda el amor y las buenas intenciones.

¿Qué es para Vd. la filología?

Para mí la filología es la ciencia del compromiso intergeneracional. Me explico: la humanidad nace de la memoria y sin memoria no hay tradición. Pues bien, sin palabras no hay ni memoria ni tradición, porque la palabra es la única herramienta que tenemos para trasladar los acarreos del pasado que nos permiten ser lo que somos.

Si abriéramos en dos el alma de un ser humano, como los arqueólogos hacen con la tierra, encontraríamos estratos de palabras agolpados unos sobre otros. La filología es la ciencia que estudia esos estratos y, con ello, hace posible que las generaciones no surjan de diluvios eternamente repetidos, sino que se sucedan en una suerte de relación causal gracias a la información codificada en los genes de las palabras.

¿Cuál ha sido su campo de investigación dentro de la filología latina y qué motivos le llevaron a especializarse en él?

Para responderle debo pedirle que recuerde lo que dije al principio del destino. Se lo explicaré brevemente: cuando empecé a trabajar en la Universidad como Profesor Ayudante, mi vida era una continua fuga. Me interesaba el siglo XVIII, el latín de la ilustración, pero debía estar en guardia para no pisar el terreno de otros colegas. Permítame no ahondar en estas cuestiones, sobre todo porque ese hecho al final fue positivo, ya que me obligó a especializarme en lo que nadie hacía.

Así fue como me enamoré del pensamiento político y religioso en la época de las reformas. Simultáneamente hacía incursiones en el mundo antiguo y, como todo profesor de latín, traducía textos. Con el paso del tiempo y cuando pude reivindicar mi libertad de investigación como Profesor Titular, el bagaje adquirido durante años en el terreno de la teoría de las ideas, me llevo directamente a Juan Luis Vives. Desde entonces, Vives es casi una obsesión. He descubierto en él el modelo más singular de humanista que yo conozco.

Como especialista en la obra del valenciano Luis Vives ¿qué proyecto le gustaría liderar desde la Universidad de Valencia?

Si la Titularidad me permitió reivindicar mi libertad como investigador, la Cátedra va a regalarme la posibilidad de formar a un grupo de estudiantes que con el paso del tiempo puedan ser la semilla que dé origen a una escuela valenciana de estudios vivesianos.

La bibliografía sobre Vives es oceánica y existen en el mundo numerosas personalidades que han dedicado sus más fértiles esfuerzos a estudiar su obra y su figura. Yo quiero lo mismo para Valencia. Aspiro a que, en el futuro, los filólogos que nos sucedan abran de par en par la montaña del vivesianismo valenciano y encuentren un estrato de investigaciones verdaderamente sólidas.

Vives lo merece, pero Valencia también lo merece, porque esta ciudad jugó un papel esencial en la configuración del humanismo español y europeo. En ese cruce de caminos siempre emerge Vives. Y, como le digo, la bibliografía es inmensa, pero también estoy en disposición de asegurarle que todavía queda, si me permite decirlo así, mucha *arqueología* por hacer.

Su actividad profesional refleja un profundo compromiso con la defensa de las humanidades y, en especial, con la lengua latina dentro y fuera de la Universidad. A su juicio ¿qué pueden seguir ofreciendo estas disciplinas a la sociedad del siglo XXI?

Lo dije en mi última columna en la Revista *Arts* de la edición valenciana del diario *El Mundo*: la cultura clásica es la bóveda de nuestros sueños y el fundamento de nuestras realidades. Dije también que es el ovillo del que tirar para tejer la materia de nuestra mente y de nuestro corazón.

¿Qué más quiere que le diga? Sólo se me ocurre añadir que borrar el latín y el griego clásico de nuestros institutos es lo mismo que dinamitar los Budas de Bamiyan. Por eso me frustro cada vez que tengo que hablar con algún político sobre este tema. Me suelen poner por delante excusas enmascaradas en números. En esos momentos, como se dice en mi tierra, me gustaría tener una lengua prestada y poder decirles sin ambages ni circunloquios que eliminar el latín y el griego clásico de nuestros institutos es tan pernicioso como el fundamentalismo religioso que destruye, por hablar con Machado, cuanto ignora.

Este fundamentalismo ideológico –y económico– está reduciendo a arena informe las columnas del derecho occidental y está machacando los pilares del pensamiento. Es más, está dejando sin referentes el arte, la literatura, la música. Con ello estamos castrando a toda una generación limitando su acceso al legado clásico.

Tal vez la viscosidad de las verdades que emergen del número de *likes* que recibe una publicación online requiera jóvenes con un espíritu crítico disminuido. La cultura clásica es justo lo contrario: es el antídoto frente a todo adocenamiento y frente a toda suerte de pensamiento y sentimiento gallináceo.

Pero no quiero dejarle mal sabor de boca. No todo es malo. El miércoles pasado, día 27 de febrero de 2019 pasará a los anales de la cultura como una fecha digna de recuerdo. Ese día la Comisión de Cultura y Deportes del Congreso de los Diputados aprobó por unanimidad una PNL instando al gobierno de España a promover la declaración por parte de la UNESCO del latín y del griego como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

El padre de la criatura es mi gran amigo José María Mestre Mestre, Catedrático de Latín de la Universidad de Cádiz. El Profesor Mestre es presidente de la Sociedad de Estudios Latinos. Esta institución científica es la que ha puesto en marcha la iniciativa. Así que ya ve, no todo es malo.

¿Qué objetivos ha conseguido materializar durante su presidencia de la SEEC de Valencia-Castellón y qué otros retos quedan pendientes?

Ser Presidente de la Delegación de Valencia y Castellón de la Sociedad Española de Estudios Clásicos es uno de los honores más grande que he recibido. La SEEC es una institución de gran prestigio internacional que vela por la promoción de las culturas clásicas y trata de proteger el latín y el griego clásico en los institutos.

Desde que me hice cargo de esta delegación no he hecho más que cumplir con esas dos obligaciones. Soy muy escrupuloso en el cumplimiento de los deberes que se me encomiendan. Así, en el terreno científico, he organizado, con la ayuda imprescindible de todos los miembros de mi Junta, dos congresos internacionales y numerosos cursos dirigidos tanto a profesores de secundaria como a estudiantes pertenecientes a todas las ramas del saber relacionadas con el latín y el griego clásico.

Por otro lado, en el terreno de la enseñanza secundaria, he seguido la estela de mis antecesores, que siempre procuraron defender nuestras lenguas ante las autoridades. Deseo que, cuando abandone esta presidencia, digan que he estado a la altura de ellos. Y si así sucede, será también porque cuento con una Junta directiva excepcional formada por profesores comprometidos.

Permítame que le comente igualmente que, desde hace un año, soy Vicepresidente de la Sociedad de Estudios Latinos. En calidad de tal tuve la inmensa dicha de acompañar a mi presidente y a la vicesecretaria, la investigadora del CSIC Matilde Conde Salazar, al Congreso de los Diputados el pasado 27 de febrero.

Las tecnologías de la comunicación y de la información han revolucionado todos los ámbitos del conocimiento y han generado nuevas herramientas para la investigación. ¿Existe ya la especialidad en Humanidades Digitales en la UV? ¿Cree que la Universidad está preparada para esta transformación?

En nuestra Universidad no contamos con la especialidad de Humanidades Digitales, pero sí hay asignaturas en las que se tratan materias relacionadas con ellas. En cualquier caso, sí que creo que las universidades han apostado firmemente por este tipo de conocimientos como lo demuestra que cada vez existen más proyectos que, de una y otra manera, entran en ese ámbito.

¿Cómo valora el trabajo del profesorado de secundaria en la formación del alumnado de latín que cursa el grado de filología latina? ¿Considera que la coordinación entre ambos niveles educativos es mejorable?

El cuerpo de profesores de secundaria de latín y de griego clásico es un auténtico privilegio. Son pioneros en la aplicación de nuevas metodologías y están implicados en proyectos de tanta enjundia como los promovidos por *Prosopon* y *Ludere et Discere*. ¿Qué puedo decirle también de la *Domus Baebia*? Mi admiración por todos los colegas de secundaria es sentida, sincera y profunda. Son ellos y ellas –es justo y necesario reconocerlo– los que hacen el milagro de que aún haya estudiantes en la Comunidad Valenciana que quieran estudiar el Grado de Filología Clásica

Entro así en la segunda parte de su pregunta. Y voy a responderle con total franqueza: no, no estamos bien coordinados los profesores de secundaria y los de universidad. La consecuencia indeseable de esa descoordinación es el alto índice de abandono que sufrimos en la universidad. Los mismos estudiantes nos explican la razón, que no es otra que la desmotivación que experimentan al llegar a las aulas universitarias. Tal vez, en la universidad, tenemos que aprender mucho de metodologías docentes y de modos de motivar al alumnado.

En su discurso de inauguración del II Congreso Internacional de la SEEC Valencia-Castellón celebrado en la UJI en abril de 2018 Usted afirmó: “Sin los clásicos somos ojos sin retina o palabras sin referentes”. ¿Cómo deberíamos entender estas palabras hoy?

Fue otra manera de expresar lo que escribí el mes pasado en *Arts*. Sin los clásicos somos sombras; sin los clásicos, caminamos a tientas, porque nuestras palabras quedan desfiguradas y vacías de contenido.

¿Qué valor confiere a la ejemplaridad y a la responsabilidad del ámbito académico hacia la sociedad civil?

Creo que es imposible ser profesor y no sentirse concernido por lo que sucede en nuestro entorno. Su pregunta me permite ponerle un ejemplo que responde a la pregunta anterior.

Vea usted que, si no se estuviera abandonando el estudio del latín y del griego clásico, no tendríamos dificultad alguna para explicar por qué Aristóteles definió al ser

humano como *animal político*, es decir, animal que vive en la *polis*; tampoco resultaría difícil entender el concepto romano de *libertas*.

Usted y yo sabemos que estos dos ejemplos sonarán a chino a muchas personas. ¿Se entiende ahora por qué dije en Castellón que sin los clásicos somos ojos sin retina o palabras sin referentes?

Pues bien, y respondiendo a su pregunta, creo que la Universidad no es sólo un lugar para transmitir conocimientos, sino que debe ser el templo de la racionalidad, del espíritu crítico y de la creatividad. ¿Qué responsabilidad mayor que esa puede tener el mundo académico de cara a la sociedad civil?